

—Caballero—dijo la señorita Wade con la misma sangre fría,—cuando usted haya concluido... señor Clennam, tal vez tendrá la bondad de invitar á su amigo...

—No antes de que haya intentado el último esfuerzo—interrumpió valerosamente Meagles;—Tattycoram, hija mía, cuenta hasta veinticinco.

—No desoiga usted la súplica de su buen protector—dijo Clennam con acento conmovido;—vuelva con sus amigos, que le quieren bien; reflexione una vez más.

—¡No, no, no! ¡No quiero!—contestó la joven, con el pecho palpitante;—señorita Wade, permítame usted retirarme.

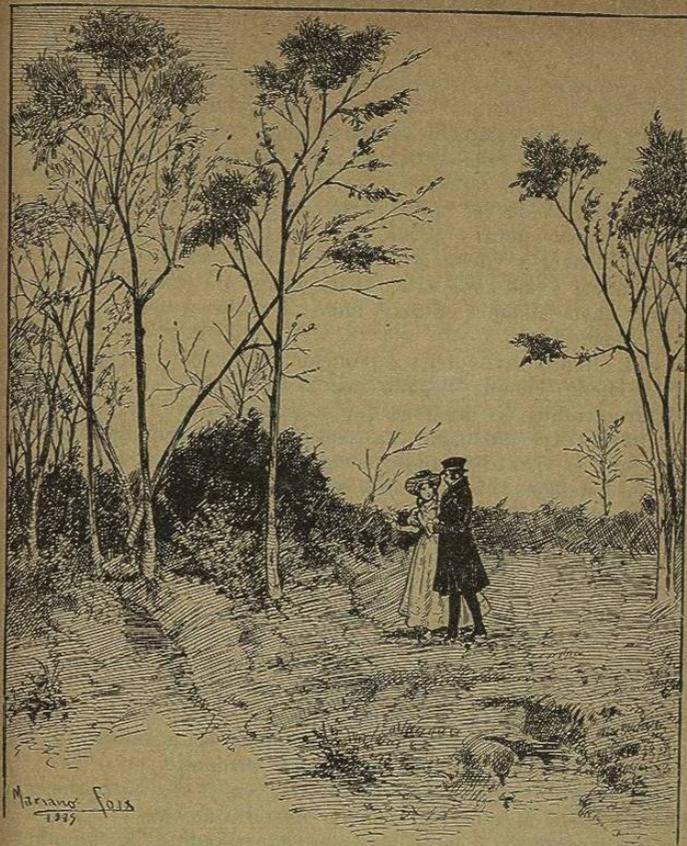
—Tattycoram—dijo Meagles,—lo único que te pidió por última vez, hija mía, es que cuentes hasta veinticinco.

Por toda contestación, la joven levantó las manos y tapóse los oídos con tan brusco ademán, que su negro y brillante cabello se desenlazó, cayendo sobre la espalda; y después volvióse resueltamente de cara á la pared. La señorita Wade, que había tenido la vista fija siempre en Tattycoram, con su extraña sonrisa, rodeó con su brazo el talle de la joven, como apoderándose de ella para siempre.

—Atendiendo á que esta es la última vez que tendré el honor de verle—dijo la dama á Meagles,—y puesto que desea usted saber, según parece, quién soy y cuál es el origen de mi influencia sobre esa muchacha, le confesaré que las dos debemos defender una misma causa; esta pobre joven, juguete de todos, ignora quiénes fueron sus padres, y lo mismo me sucede á mí; ella no tiene nombre, yo no le tengo tampoco; y de consiguiente, nuestras quejas son idénticas. Nada más he de añadir.

Meagles salió tristemente de la habitación, seguido de Clennam, á quien la señorita Wade dijo con la misma impassibilidad, pero con esa sonrisa que sólo se observa en las personas de cruel corazón y que desaparece de pronto, cuando dejan de hablar:

—Espero que la esposa de su amigo Gowan hallará la felicidad en el contraste que distingue su nacimiento del de esta joven y del mío, en la brillante posición que la espera.



## CAPITULO XXVIII

### Clennam y Minnie

No contento con el paso que acababa de dar, Meagles escribió á Tattycoram una larga carta llena de bondad, para inducirla á volver, rogando á su mujer y á su hija que le escribiesen también; pero las tres cartas, no contestadas, fueron devueltas al cabo de algunos días, por no haberse admitido á domicilio. Meagles rogó entonces á su amigo Clennam que solicitara una entrevista de la señorita Wade para tratar de

convencerla; mas esta tentativa sólo dió por resultado averiguar que la orgullosa joven había emprendido un viaje, dejando como guardiana de su habitación á la vieja que la servía.

Meagles y su familia, desanimados por el mal éxito de sus esfuerzos, habían comenzado ya, bien á pesar suyo, á renunciar á la idea de ver más á Tattycoram, cuando los representantes de la nueva y activa sociedad conocida bajo la razón social «Doyce y Clennam» se pusieron en marcha un sábado para hacer á sus amigos de Twickenham una visita que debía durar hasta el lunes: Doyce tomó el coche y Clennam marchó á pie.

Los últimos rayos del sol poniente iluminaban el paisaje en el momento en que, llegado casi al término de su excursión, Arturo cruzaba las praderas que se extienden á orillas del río. Clennam experimentaba esa sensación de tranquilidad interior que la vista del campo suele despertar en los habitantes de las ciudades; todo cuanto veía era risueño y apacible; el rico follaje de los árboles, la espesa hierba esmaltada de flores agrestes, las isletas del río, los lechos de cañaverales, los nenúfares que flotaban en la superficie líquida, el rumor de voces lejanas que parecía llegar en alas de la brisa, el continuo trinar de los pájaros, el ladrido de un perro, el mugido de una vaca; todos aquellos objetos, todos estos rumores, que respiraban reposo y tranquilidad, producían en Clennam un bienestar indecible. En las copas de los árboles lejanos, iluminadas por matices purpúreos y á lo largo de la verde colina, sobre la cual extendíanse lentamente las sombras de la noche, comenzaba á reinar un silencio profundo; entre el paisaje mismo y su imagen, reproducida en el río, no se notaba diferencia alguna, y el solemne misterio de vida y de muerte que pronto iba á imperar estaba impregnado de tal armonía de grandiosidad y misericordia, que la esperanza no podía menos de verter su dulce bálsamo en el corazón del hombre, espectador de aquel cuadro sublime.

Clennam se había detenido para mirar alrededor, como lo había hecho muchas veces, é iba á continuar su marcha, cuando vió á pocos pasos, en el mismo sendero que seguía, á una persona que tal vez había asociado ya con sus pensamientos.

Era Minnie, completamente sola; llevaba unas rosas en la mano, y al parecer habíase detenido para esperar á Clennam; notábase en ella cierta agitación; y cuando Arturo se acercó, ocurriósele que la joven le salía al encuentro con intención de hablarle.

—Tal vez extrañará usted—dijo Minnie ofreciéndole su mano,—verme aquí sola; pero como la tarde es hermosa he ido más lejos de lo que me proponía, si bien pensaba encontrar á usted. ¿Va usted siempre por este camino?

Después de contestar afirmativamente, Clennam ofreció su brazo á Minnie, y entonces notó que la joven temblaba, hasta el punto de agitarse las rosas que llevaba en la mano.

—¿Me permitirá usted ofrecerle una, señor Clennam?—preguntó Minnie;—las he cogido al salir del jardín, y casi puedo decir que para usted, pues pensaba encontrarle. El señor Doyce ha llegado hace más de una hora y nos ha dicho que usted venía á pie.

La mano de Arturo tembló también al aceptar las rosas, y dió gracias á la joven: en aquel momento llegaban á una arboleda, á la cual habían dirigido maquinalmente sus pasos.

Con su sencillo sombrero de campo y su gracioso traje, con su abundante cabello castaño y sus grandes ojos, cuya mirada expresaba á un tiempo la timidez y la confianza, Minnie estaba tan hermosa, que Arturo se regocijó, ó tal vez se contristó (no lo sabía á punto fijo,) de haber resuelto no enamorarse de ella.

La joven fué la primera en romper el silencio, á los pocos minutos, preguntando á Clennam si su padre le había dicho que pensaba emprender otro viaje. Arturo contestó afirmativamente; y después de una segunda pausa, Minnie añadió, no sin cierta vacilación, que habían renunciado á esta idea.

Clennam pensó que estaba ya próximo el casamiento.

—Amigo mío—continuó Minnie con cierta timidez, y bajando tanto la voz, que Arturo debió inclinarse para oír,—quisiera depositar en usted mi confianza, si usted no la rehusa; lo he deseado hace mucho tiempo porque... comprendía que usted era para nosotros el más fiel amigo.

—¿Cómo no había de estar orgulloso de su confianza!—exclamó Arturo,—puede usted depositarla en mí con toda seguridad.

—Nunca he dudado de ello—repuso Minnie,—y creo que ya le hubiera hablado hace mucho tiempo, pero no sabía cómo hacerlo, y aun en este instante no acierto á comenzar.

—El señor Gowan debe ser muy feliz—dijo Arturo.—Dios bendiga á los dos.

Minnie no pudo contener las lágrimas al querer dar las gracias; pero Arturo la tranquilizó, y cogiendo las rosas que aún llevaba en la mano, acercó ésta á sus labios para besarla. En-

tonces parecióle que renunciaba formalmente por primera vez á la esperanza que aún fluctuaba en su corazón, y prometióse no alimentar ya más ilusiones: un hombre de su edad debía romper para siempre con los sueños de la juventud.

Arturo colocó las rosas junto á su corazón, y después preguntó á Minnie con acento de bondad si no tenía nada más que decir al amigo de su padre, si no necesitaba encargarle alguna cosa particularmente, ó pedirle algún favor, pues se complacería en contribuir de cualquier modo á su felicidad.

Minnie iba á contestar, cuando le sobrecogió un sentimiento de tristeza, ó tal vez de secreta simpatía, tan poderoso que no pudo contener las lágrimas.

—¡Oh señor Clennam!—murmuró,—generoso señor Clennam, dígame usted que no me guarda ningún rencor.

—¡Yo rencor! No, hija mía, de ningún modo.

La joven pronunció algunas palabras entrecortadas, para dar á Clennam gracias de todo corazón, y después calmóse poco á poco, reanimada por las frases de bondad de su acompañante.

Así continuaron su paseo, casi silenciosamente, por la sombría alameda, hasta que al fin Arturo dijo á Minnie sonriendo:

—Y ahora, señora Gowan, ¿tiene usted que pedirme algún servicio?

—¡Oh! Muchos quisiera pedirle.

—Muy bien; ya lo suponía y veo que no me engañaba.

—Ya sabe usted, amigo mío, cuanto me aman mis padres, y tal vez se le resista creer, al verme abandonarlos por mi propia voluntad, que no los amo también de todo corazón...

—Estoy convencido de lo contrario—interrumpió Clennam,—y no puede usted creer que lo dude.

—No, no; mas parece extraño, aun á mis propios ojos, que amándolos como los amo y sabiendo cuanto me quieren, pueda resolverme á la separación. Hasta diríase que en esto hay algo de ingratitud.

—Hija mía—repuso Clennam,—no veo en ello más que progreso natural, el cambio inevitable que producen los años. Todas las jóvenes abandonan así á sus padres.

—Sí, ya lo sé; pero no todas dejan tras sí un vacío como el que yo dejo. Bien conozco que no será difícil hallar muchas jóvenes mejores y más amables que yo, y que tal vez no merezca que se lamente mucho mi marcha; pero me aman y me han mimado tanto, que la separación debe causarles un profundo sentimiento.

Minnie dejó escapar un sollozo y añadió:

—No se me oculta que el pesar de mi padre será inmenso al principio, y por eso, señor Clennam, le suplico que piense en él y venga á verle cuando tenga un momento disponible; entonces dígame que usted sabe que al separarme de él le amaba más que nunca le amé en la vida, de lo cual no dudará si usted se lo asegura, pues precisamente esta mañana, hablando con usted, me dijo que no había persona á quien apreciase más, ni en que tuviera tanta confianza. Si no hablo de mi madre es porque me comprenderá mejor en esta ocasión, sintiendo mi pérdida por otro estilo; pero usted no ignora hasta qué punto puede amar una madre, y también pensará usted en ella, ¿no es así?

Clennam aseguró á la joven que podía contar con él en todo cuanto deseaba.

—Ya sabe usted—prosiguió Minnie,—que mi padre y otra persona, cuyo nombre no necesito citar, no se aprecian mucho ni se comprenden del todo, como debe suceder más tarde. Mi orgullo y mi satisfacción en mi nueva existencia consistirán en conseguir que los dos se comprendan y estimen, ya que ambos me aman tan tiernamente; pero entretanto, amigo Clennam, cuando yo haya marchado, y adviértole que voy muy lejos, tenga usted la bondad, ya que es tan generoso y fiel, de valerse de toda su influencia para desvanecer las preocupaciones de mi padre, mostrándole á mi esposo bajo su verdadero punto de vista. ¿Quiere usted hacer esto por mí, usted, el verdadero amigo de mi noble corazón?

¡Pobre Minnie! ¡Qué ilusiones y quimeras se forjaba! ¿cuándo hemos visto efectuarse un cambio semejante en las relaciones naturales de los hombres? ¿Quién consiguió jamás conciliar antipatías tan inveteradas? ¡Muchas jóvenes antes que tú soñaron lo mismo, pobre Minnie, pero sólo obtuvieron desengaños y pesares!

Así pensó Clennam, pero guardóse bien de manifestarlo, porque era ya demasiado tarde, y por lo tanto se limitó á prometer que cumpliría su promesa.

Iban á pasar ya por delante del último árbol de la sombría alameda, cuando Minnie, deteniéndose de pronto, con la vista fija en su acompañante, díjole con voz conmovida, tocando una de las rosas que había puesto junto á su corazón:

—Querido señor Clennam, en medio de mi felicidad... porque soy dichosa aunque me haya usted visto llorar, no podría sufrir que hubiese la más ligera nube entre nosotros. Si

tiene usted alguna cosa que perdonarme, cualquiera falta involuntaria ó un pesar que le hubiera causado involuntariamente, déme una nueva prueba de su bondad dispensándome-lo de todo corazón.

Clennam se inclinó, y como Minnie adelantase al mismo tiempo su candoroso semblante, como para escuchar mejor la respuesta, estampó Arturo un beso en su frente virginal, poniendo á Dios por testigo de que nada tenía que perdonarle. Ambos murmuraron la palabra ¡Adiós! y un momento después salieron de la alameda, pareciendo que los árboles se cerraban detrás de ellos como para echar un velo sobre el pasado.

Muy pronto se oyeron las voces de Meagles y de Doyce que repetían el nombre de Minnie, y á quienes Clennam contestó gritando:

—Aquí está conmigo.

Después de bromear un rato por la orilla del río, al poco tiempo, el industrial volvió á la casa acompañando á Minnie, y habiendo quedado solos los dos amigos, entablaron un animado diálogo:

—Arturo—dijo Meagles dando á Clennam por primera vez su nombre de pila,—¿recuerda usted que un día, cuando contemplábamos el puerto de Marsella, le dije que aunque la hermana pequeña de Favorita hubiese muerto nos parecía á su madre y á mí que seguía creciendo y pasaba por las mismas transformaciones?

—No lo he olvidado.

—¿Recuerda usted también que le dije que en nuestro pensamiento no habíamos podido separar nunca á las hermanas gemelas, figurándonos que ambas debían sufrir en la vida la misma suerte?

—Lo recuerdo.

—Pues bien, Arturo, esta noche voy más lejos aún, diciéndole que me parece que usted ha amado tiernamente á la hija que nos falta, habiéndola perdido cuando llegó á la edad de Favorita.

—Gracias, gracias—murmuró Clennam estrechando con efusión la mano de Meagles.

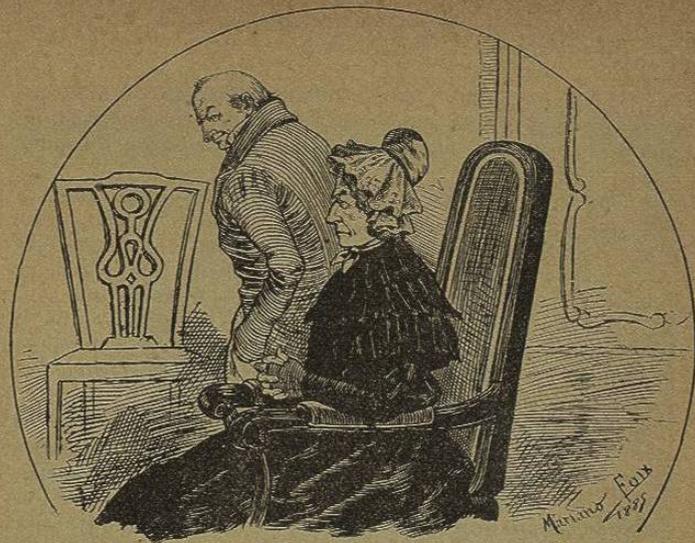
—¿Volvamos ahora á casa, Arturo?

—Dispéñeme un momento: luego iré.

Meagles se alejó, dejando á su amigo solo. Después de pasearse media hora por la orilla del río á la suave claridad de la luna, Arturo cogió las rosas que Minnie le había dado...

tal vez las oprimió contra su corazón, ó acaso las besara; pero como quiera que fuese, inclinóse sobre la líquida superficie y las dejó caer con suavidad en el río, cuyas aguas se llevaron á lo lejos aquellas flores, que á la dudosa claridad de la luna parecían pálidas y fantásticas. Así es como las grandes esperanzas, ocultas largo tiempo en el fondo de nuestro corazón, y acariciadas con ternura, nos abandonan á menudo para ir á perderse en el vasto océano de la eternidad.





## CAPITULO XXIX

### La mujer de Jeremías continúa soñando

La casa de la señora Clennam seguía ofreciendo el mismo lúgubre aspecto, y la viuda no había variado en nada su existencia uniforme, sucediéndose los días y las noches con la misma monotonía: aquello era como el movimiento continuo de una máquina montada sin cesar, ó como la cadena de un reloj que se arrolla y se desenrolla perennemente.

El sillón de ruedas tendría sin duda sus asociaciones de reminiscencias del pasado, como lo tiene todo lugar donde ha vivido un sér humano. ¡Cuántos recuerdos debían renacer incesantemente en el espíritu de la parálitica durante los tristes días de su lúgubre existencia! ¿En qué escenas, en qué actores pensaría más á menudo aquella mujer, que no salía ni en invierno ni en verano de su sombría habitación? Nadie hubiera podido adivinarlo. Sólo el astuto Jeremías, á fuerza de ejercer diariamente una poderosa presión en el ánimo de la enferma, habría podido arrancarle algún secreto si no se hubiese resistido tanto; pero era ella más fuerte que su antiguo servidor, y nunca se dejó sorprender. En cuanto á la anciana Affery, harto tenía qué hacer con observar á su ama

y á su esposo, subir y bajar, siempre tapándose la cara con el delantal, y prestar atento oído á los misteriosos rumores que tanto pavor la infundían, aun en su estado de sonambulismo.

A juzgar por lo que la mujer de Jeremías observaba, los negocios iban bien, pues su marido trabajaba mucho en su despacho, recibía bastante gente, ocupábase de continuo en la correspondencia y en las cuentas, visitaba otras casas de comercio y no faltaba nunca en la Bolsa. De modo que salía de continuo. Diariamente celebraba varias entrevistas con la señora Clennam para tratar de negocios; y en fin, á la mujer de Flintwinch, que siempre andaba al acecho, parecióle que su esposo y su ama ganaban mucho dinero.

La mujer de Flintwinch llegó á estar tan alelada, que al fin acabó por dárlo á conocer en todos sus ademanes y hasta en su modo de mirar, tanto, que Jeremías y la viuda apenas fijaban ya su atención en la pobre Affery, considerándola como una mujer que nunca había sido muy inteligente y que ya era casi idiota.

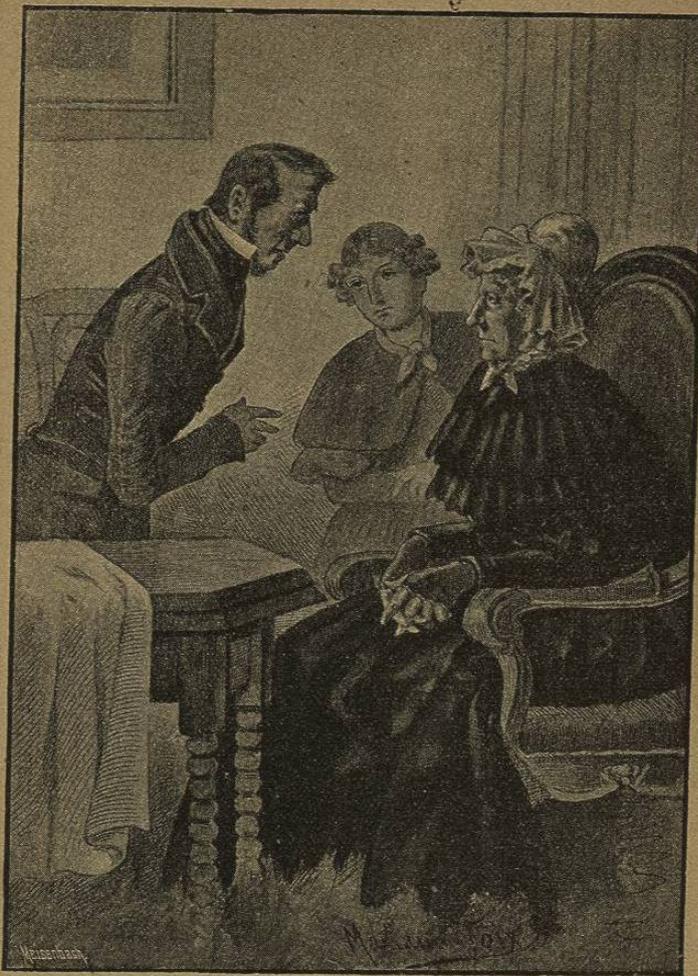
Bien porque el aspecto de su cara mitad no tuviese el menor atractivo ó porque temiera que semejante esposa no inspiraría mucha confianza á sus clientes, el caso es que el señor Flintwinch ordenó á su mujer que guardase silencio sobre sus relaciones conyugales, llamándole Jeremías sólo en la intimidad de la vida doméstica. Esto contribuyó no poco á trastornar más á la pobre Affery, porque su marido tomó la costumbre de castigar sus numerosas desobediencias cuando la encontraba en la escalera, aplicándole enérgicos correctivos.

La niña Dórrit, que acababa de dar fin al penoso trabajo de un largo día pasado en la habitación de la señora Clennam, ocupábase en recoger los hilos y retazos antes de marcharse, cuando el señor Pancks, que había llegado un momento antes á la casa, presentóse para saludar á la viuda, diciéndole que, hallándose por casualidad en el barrio, iba de parte del señor Casby á informarse de su salud.

La paralítica frunciendo las cejas, miró fijamente á Pancks, y contestóle con un acento en que se traslucía el enojo:

—El señor Casby sabe muy bien que no me hallo en estado de mejorar, y que el único cambio que espero es el mayor de todos... ¡el último!

—A decir á usted la verdad—repuso Pancks, mirando con disimulo á la pequeña costurera, que cogía los retazos diseminados en el suelo,—usted conserva muy buen aspecto.



¡Oh! para mí no es molestia, señora...

—Sufro sin quejarme lo que debo sufrir—replicó la viuda;—y usted, á su vez, haga lo que su deber exige.

—Gracias, señora; no perdono esfuerzo para cumplir con mi obligación.

—Parece que viene usted á menudo á este barrio, ¿no es así?—preguntó la señora Clennam.

—Sí, hace tiempo que vengo con bastante frecuencia, y casi todos los días paso por aquí para una cosa ú otra.

—Muy bien, pues diga usted al señor Casby y á su hija que no se ocupen de mí por procurador; si quieren verme, ya saben que estoy aquí para recibirlos; y por lo tanto es inútil que se tomen la molestia de enviarme á nadie, no siendo de consiguiente necesario que usted venga.

—¡Oh! para mí no es molestia, señora—replicó el imperturbable Pancks.—Me alegro mucho de haberla encontrado sin novedad.

—Muchas gracias—contestó la señora Clennam, señalando la puerta con el dedo.

El agente, no viendo medio de prolongar su visita, dirigió una rápida mirada á la niña Dórrit y encaminóse presuroso á la puerta, diciendo:

—Buenas noches, señora; no se moleste usted en acompañarme, Affery; ¡ya sé el camino!

La viuda, con la cabeza apoyada en la mano, clavó una mirada sombría sobre el agente en el momento de salir, mientras que Affery la contemplaba con expresión estúpida. Después, los ojos de la viuda se fijaron en la niña Dórrit con expresión sombría, casi amenazadora, hasta que, al ver que la joven se disponía á retirarse, rompió al fin el silencio diciéndole:

—¿Conoce usted á ese hombre, señorita Dórrit?

—Muy poco, señora; le encuentro á menudo, y á veces me ha dirigido la palabra; esto es todo cuanto sé de él.

—¿Qué le ha dicho?

—Nunca he comprendido bien lo que me decía, porque es un hombre muy extravagante; pero no me parece que haya pronunciado ninguna palabra impropia.

—¿Por qué viene á verla aquí?

—Lo ignoro, señora.

—Pero, ¿sabe usted ya que viene á verla?

—Lo sospecho; mas no sé por qué ha de venir aquí en vez de ir á otra parte.

La señora Clennam, con la vista fija en el suelo, quedó como absorta en sus reflexiones, pareciendo que olvidaba la presencia de la joven, y transcurrieron algunos minutos antes de que recobrar su aspecto de tranquilidad habitual.

La niña Dórrit no se había movido por temor de molestar á la viuda, pero después pasó por el otro lado del sillón é inclinóse para dar las buenas noches.

La madre de Arturo adelantó entonces la mano y púsola sobre el brazo de la costurera, que turbada por aquel inesperado movimiento permaneció inmóvil y algo temerosa.

—Dígame usted, señorita Dórrit—preguntó la señora Clennam,—¿tiene usted muchos amigos?

—No, señora, muy pocos; después de usted no tengo más que la señorita Flora y otra persona.

—¿Se refiere usted á ese hombre?—replicó la viuda señalando con el dedo la puerta por donde había salido Pancks.

—¡Oh! no, señora.

—Entonces será alguno de sus amigos, ¿eh?

—Tampoco; no es ninguna persona que se le parezca ni que tenga nada de común con él.

—¡Vamos!—repuso la viuda, casi risueña;—eso no me concierne. Mis preguntas nacen de lo mucho que me intereso por usted, y también porque creo que he sido su primera amiga. ¿No es verdad?

—Muy cierto, señora; he venido á su casa muchos días en que, á no ser por el trabajo que me dió, hubiéramos carecido de todo.

—¿Hubiéramos?—repitió la señora Clennam, mirando el reloj que perteneció á su esposo y que estaba siempre sobre la mesa.—¿Cuántos son ustedes, pues?

—Ahora nada más que mi padre y yo; quiero decir que solamente los dos debemos mantenernos de lo que yo gano.

—¿Y han sufrido ustedes muchas privaciones?—preguntó la viuda lentamente, dando vueltas al reloj con aire pensativo.

—Algunas veces nos ha costado bastante salir del apuro—contestó la niña Dórrit con su voz dulce y tranquila;—pero en cuanto á esto, me parece que hay muchas personas más dignas de compasión que nosotros.

—¡Perfectamente!—replicó la señora Clennam;—tiene usted sobrada razón; y, ó mucho me engaño, ó es usted una buena hija y tiene muy buen sentido.

—Creo hacer lo posible por cumplir con mi deber.

La señora Clennam acercó á sí el rostro de la costurera y dióle un beso en la frente, con una dulzura de que nunca la hubiera creído capaz la mujer de Jeremías, ni aun en sus más fantásticos sueños.

—Vamos, señorita Dórrit—dijo,—váyase usted ya, no sea que su padre esté con cuidado, hija mía.

La anciana Affery no había visto jamás, desde que soñaba, nada semejante á lo que estaba observando; para completar su asombro, sólo faltaba que su marido abrazase también á la costurera, y que él y la viuda comenzaran á llorar en favor de toda la humanidad.

Después de abrir la puerta para que la niña Dórrit saliese, Affery vió que Pancks, en vez de marcharse, como era natural que lo hiciese, se paseaba por el patio delante de la casa. Apenas salió la costurera, cruzó rápidamente por delante de ella, y acercando un dedo á los labios, díjole antes de alejarse:

—Pancks el bohemio dice la buena ventura.

—¡Cielo santo!—exclamó Affery, que lo había oído;—ahora tenemos también un gitano en campaña. ¿Qué será de nosotros?

Y completamente perturbada por los esfuerzos que hacía para descifrar aquel misterio, la infeliz Affery permaneció de pie en el umbral de la puerta, sin cuidarse de la lluvia y de los truenos, cuyo fragor comenzaba á oírse cada vez más próximo. El viento mugía con fuerza, cerrando con estrépito algunas ventanas que había conseguido abrir; las veletas giraban frenéticamente, y el huracán silbaba furioso en el cementerio contiguo, cual si quisiera arrancar de sus tumbas los restos mortales de los difuntos que allí reposaban; mientras que el trueno, por otra parte, parecía murmurar sordas amenazas en todos los puntos del cielo, cual si pidiera venganza de aquella tentativa sacrilega y quisiese gritar: «¡Déjales dormir, déjales dormir en paz el sueño de la muerte!»

Affery, que temía el trueno, pero á quien no inspiraba menos pavor aquella casa lúgubre, donde la obscuridad comenzaba á reinar antes de tiempo, preguntábase si entraría ó no, cuando una repentina ráfaga de viento decidió la cuestión, cerrando de golpe la puerta detrás de la mujer de Jeremías.

Fuera de sí, con el delantal levantado á guisa de capuchón, Affery comenzó á correr de un lado á otro por la calle solitaria, y después, deteniéndose delante de la puerta, inclinóse para mirar por el agujero de la cerradura: pero de pronto

irguióse, ahogando un grito, al sentir una mano sobre su espalda.

Affery volvió la cabeza y vió á su lado á un hombre que por su traje parecía extranjero: llevaba una gorra de pieles y un pesado capote; su cabello y bigote, muy poblados, eran de color negro brillante, excepto en las puntas, que habían tomado un matiz rojizo. Al observar el espanto de la mujer de Jeremías no pudo menos de sonreír y preguntarle con la mayor tranquilidad en muy buen inglés:

—¿Qué le ocurre, señora? ¿á quién teme usted?

—A usted—contestó Affery con voz temblorosa.

—¿A mí, señora?

—Sí, á usted, á la tempestad, y... á todo—contestó Affery.

—Mire usted, para colmo de desgracias, el viento ha cerrado la puerta y no puedo entrar.

—¡Bah!—replicó el desconocido tranquilamente;—eso no vale la pena. ¿Conoce usted por aquí á alguno que se llame Clennam?

—¡Ya lo creo!—exclamó Affery retorciéndose las manos con desesperación.

—¿Dónde vive?

—¿Dónde ha de vivir sino en esta casa?—repuso la mujer de Jeremías, volviendo á mirar por el agujero de la cerradura.—¡Dios mío! y ella está sola en su habitación, y no puede moverse para sacarme de este apuro. ¡Y mi esposo ha salido!... ¡Dios me perdone! creo que voy á volverme loca.

El extranjero, comprendiendo que la cuestión podía interesarle personalmente, retrocedió algunos pasos, y fijando la vista en la estrecha ventana de la salita que estaba cerca de la puerta de entrada, preguntó á la mujer de Jeremías:

—¿Podrá saberse dónde está la señora que no puede moverse?

Al decir esto sonrió de una manera extraña, que sin duda fascinó á la impresionable Affery.

—Allá arriba—contestó,—en la habitación que tiene las dos ventanas.

—Bueno—contestó el desconocido,—yo tengo una talla regular, pero nunca podría llegar hasta esa habitación sin el auxilio de una escalera. Ahora bien, señora, hablando francamente... la franqueza es una de mis virtudes... ¿quiere usted que abra la puerta?

—Sí, señor; y que Dios le bendiga, buen hombre. Hágame usted ese favor, pues podría suceder que se prendiese fuego

á su vestido, ú otra desgracia cualquiera mientras que yo estoy aquí aturrida.

—Un momento, señora—repuso el desconocido, haciendo un ademán con su pequeña y blanca mano para contener la impaciencia de Affery.—Creo que la hora de los negocios ha pasado por hoy, ¿no es así?

—Efectivamente—contestó la mujer de Jeremías,—y hace ya mucho tiempo.

—En tal caso, permítame usted hacerle una proposición leal... la lealtad es otra de mis virtudes. Acabo de desembarcar, como habrá usted comprendido al ver mi capote mojado y mis botas saturadas de agua (Affery había notado ya que el extranjero tenía el cabello en desorden y el color de la tez amarillento, como hombre que acaba de hacer una larga travesía;) me he retrasado á causa del mal tiempo, y por esta razón no puedo despachar un asunto muy urgente para mí, puesto que se trata de tomar dinero, el cual tendría ya en el bolsillo á no mediar este maldito percance. Ahora bien, si quiere usted ir á buscar en la vecindad á alguna persona que se halle en condiciones de arreglar mi negocio, yo me comprometo, por mi parte, á abrir esa puerta. Si mi proposición no conviene, voy á retirarme.

Pero la mujer de Jeremías, muy satisfecha de poder salir del paso á tan poca costa, aceptó el trato sin vacilar. Entonces el desconocido, rogóla que le hiciera el favor de guardar un momento el capote, alejóse algunos pasos para tomar impulso, saltó hacia la ventana, cogióse con ambas manos al reborde saliente; y un momento después levantaba el marco inferior. Su mirada era tan siniestra cuando después de saltar á la habitación se volvió para saludar á la mujer de Jeremías, que ésta no pudo menos de pensar, estremeciéndose, que si á aquel hombre se le antojase subir al primer piso para asesinar á la impotente viuda, nadie podría impedirselo.

Por fortuna, el desconocido no tenía ninguna intención de este género, pues pronto se presentó en la puerta de entrada.

—Ahora—dijo, tomando su capote de manos de Affery,—si quiere usted tener la bondad de...

El desconocido se interrumpió al oír un rumor extraño, muy próximo, á juzgar por la agitación que comunicaba á la atmósfera, y sin embargo ahogado, cual si partiera de muy lejos; era una especie de fragor sordo, al que siguió la caída de una materia seca y ligera.

—¿De dónde diablos viene ese ruido?—preguntó el extranjero.

—Ignoro lo que pueda ser—contestó Affery, cogiéndose del brazo del desconocido,—pero sí sé que le oigo continuamente.

El extranjero no debía ser hombre de valor, según pensó Affery, pues aun en medio de su espanto pudo observar que sus labios temblorosos habían palidecido; pero después de escuchar un instante, encogióse de hombros y dijo:

—¡Bah! eso no es nada... Y ahora le recordaré á usted, amiga mía, que me ha prometido buscar á una persona hábil para mi negocio. ¿Me hará el favor de presentármela?

Así diciendo, el desconocido tenía la mano sobre la puerta, como si estuviese dispuesto á cerrarla si Affery no cumplía lo pactado.

—¿No dirá usted á nadie que he dejado cerrar la puerta por descuido?—preguntó la mujer de Jeremías.

—Ni una palabra.

—¿Y no se moverá de aquí mientras llevo á la esquina de la calle? Si la señora llama, no conteste usted.

—Aquí permaneceré inmóvil como una piedra.

Affery tenía el temor de que el extranjero subiera furtivamente la escalera apenas ella volviere la espalda, que después de perder la casa de vista, retrocedió para ver si el desconocido estaba todavía allí; y como observase que se hallaba en el umbral, más bien fuera que dentro de la casa, como si no le agradase la obscuridad, corrió hasta la calle inmediata para enviar un recado á Jeremías Flintwinch, quien salió muy pronto del café donde estaba. Affery había tomado la delantera, pero su marido la seguía de cerca, sin duda con la esperanza de poderla sacudir un poco, antes de entrar; los dos esposos vieron al desconocido siempre de pie junto á la puerta, y también pudieron oír la voz dura de la señora Clennam que gritaba:

—¿Quién está ahí? ¿Qué ocurre? ¿Por qué no me contestan?



### CAPITULO XXX

#### La palabra de honor de un caballero

Cuando los esposos Flintwinch se detuvieron casi sin aliento ante la puerta de la antigua casa, estremeciéndose el desconocido y retrocedió un paso.

—¡Rayo del cielo!—exclamó,—¿cómo diablos le encuentro á usted aquí?

Jeremías Flintwinch, á quien esta pregunta iba dirigida, no manifestó menos asombro que el extranjero; contemplóle con muda sorpresa, como quien ve una cosa que no esperaba encontrar, y pareció no comprender lo que le preguntaban. Luego volvióse hacia su mujer para pedirle una explicación de aquel enigma; mas como no le dijese nada, lanzóse sobre ella y la sacudió con tal energía, que hizo saltar su papalina, murmurando con un tono singular de lúgubre ironía:

—Mujercita mía, ya te propinaré una buena dosis, pues veo que la necesitas. ¡He aquí otra de tus jugarretas! ¡Tú has vuelto á soñar, mujercita! ¿De qué se trata? ¿Quién está ahí? ¿Qué significa esto? ¡Habla! condenada, ó te estrangulo ahora mismo; no te queda más alternativa.

La pobre Affery debía optar seguramente por esto último, pues no contestó una sola palabra, mientras que su señor la sacudía hacia atrás y adelante, resignándose á sufrir su castigo; pero el extranjero, por el contrario, recogiendo con mu-